

LATACZ, Joachim, *Troia und Homer. Der Weg zur Lösung eines alten Rätsels*, München-Zürich, Piper (Serie Piper, 3647), 2, Auflage, 2004, 380 Seiten, mit zahlreichen Abbildungen und Karten.

En este libro, el profesor Joachim Latacz intenta descubrir la “realidad” que hay detrás de la *Ilíada* homérica, tal como se presenta hoy, a la luz de los resultados de una investigación interdisciplinaria: este poema es un último fragmento de una antiquísima tradición de tiempos micénicos. Latacz cuenta con emoción (y al alcance de todos) una historia emocionante.

Disputa, lucha, guerra por las mujeres, por el poder y la riqueza: eso parece dominar al comportamiento humano. ¿Se trata de un error, o de un motor ineludible de la evolución? El enigma de Troya y Homero es más fácil de resolver. Al menos en Alemania, un nuevo interés, incluso de un público más amplio, se despertó a causa de una disputa entre dos eruditos: el arqueólogo y excavador con mirada “anatólica” de la Universidad de Tübinga, Manfred Korfmann, y su colega “helenista”, Frank Kolb, especialista en historia antigua en la misma universidad. Nuevamente cobra vida la pregunta de si las realidades, o los sueños de posibles realidades (las teorías), son objeto de las ciencias, o de si *los sueños sueños son...*

Latacz, quien llama a la ciencia “pasión sistemática de resolver enigmas” (p. 16), se pone a hacer un primer balance (en su libro

PALABRAS CLAVE: bardos, homero, ilíada, micenas, odisea, troya.

RECEPCIÓN: 30 de septiembre de 2005.

ACEPTACIÓN: 5 de octubre de 2005.

hay 407 notas que documentan su apasionado compromiso). Se trata de dos preguntas básicas: ¿La zona arqueológica en la *Hisarlik Tepe* (“colina fortificada”), en la entrada a los Dardanelos, al noroeste de Turquía, es realmente la legendaria Troya? ¿Cuánta realidad puede reflejar la épica de Homero, el documento más antiguo y más detallado, fijado por medio de la escritura y transmitido hasta nuestros tiempos? Aquí, “fijado” es relativo. Debe examinarse a fondo, sobre la fidelidad de la transmisión, eso que durante cuatro siglos y medio sólo se había transmitido vía oral, cantado y seguramente también de-cantado; eso que luego, durante más de 2000 años, se había copiado a mano (en parte, mediante dictado), antes de que los 15 693 versos pudieran entregarse a la imprenta. A tal efecto contribuyen infatigablemente los ya numerosos trabajos de investigación de otras disciplinas y perspectivas partícipes en el enigma troyano. Para encontrar otras fuentes y datos, hay que descifrar aún miles de tablillas de barro (para algunos patrocinadores actuales, el trabajo y la belleza del conocimiento no parecen ser importantes: la codicia los hace indiferentes ante la destrucción). Ciertamente, también en Troya se escribía. Hasta hoy, no se ha encontrado ningún documento. La situación tal vez se parece a la de la cultura del valle del Indo: faltan subvenciones para realizar una búsqueda más exhaustiva de la posible existencia de una “biblioteca”.

En la primera parte de su libro (pp. 31-172), Latacz sintetiza los resultados que hasta ahora se han obtenido de las excavaciones. En primer lugar, éstos manifiestan que la colina fortificada de Troya y sus alrededores siempre estuvieron habitados, desde el 3000 a. C. hasta pasados los 500 años d. C. La “Troya homérica” debió de haber sido destruida alrededor del 1200 a. C. Su extensión pudo abarcar unos 200 000 metros cuadrados. La ciudad estuvo protegida por un muro, y por un foso colocado unos 100 metros más adelante. Al sur, un portal interrumpía el foso y el muro. Unos 100 metros más allá —¡a 500 metros de la colina fortificada!— se encontró un segundo foso. Éste deja suponer otra expansión de la ciudad y un escalonamiento de la defensa, quizás en contra de ataques con carros de guerra que en aquel tiempo eran modernos (pp. 51-53). Es evidente que el sitio era un importante centro de comercio exterior (pp. 55-67); su complejo se asemeja al de las

ciudades hititas cuyos muros, de adobe y con torres, probablemente se adoptaron de la región sirio-mesopotámica, ubicada al sureste.

En 1995 causó sensación el hallazgo, en Troya, de un sello biconvexo local de la segunda mitad del siglo XII a. C., con una inscripción lúvica. Latacz trata detalladamente la historia del desciframiento de inscripciones anatólicas (pp. 67-93). El lúvico es una lengua indoeuropea que tiene parentesco cercano con la lengua hitita. El hallazgo es un indicador: Troya pertenecía al área de influencia del reino hitita. Los documentos conservados, y sólo muy parcialmente leídos, dan noticias claras o, más bien, las fijan por escrito. En su poema, Homero conoce dos nombres para Troya. Esto parece sorprendente. ¿No se suponía, desde hace mucho, que los dos poemas, la *Ilíada* y la *Odisea*, se habían compuesto alrededor de 800 a. C., a partir de dos cantos heroicos geográfica y temporalmente distintos? ¿Y no se suponía, por consiguiente, que el nombre de Homero era también un producto de la fantasía para conferir autenticidad a los textos mediante la designación de un autor? Ahora resulta que Troya e Ilión son nombres de sitios verdaderamente geográficos. En el archivo real de la capital hitita, Hattusa, se encontró, por ejemplo, un contrato entre Muwattalli II (aproximadamente entre 1290-1272 a. C.) y un tal “Alaksandu de Wilusa” (el texto completo, en traducción alemana, se encuentra en las pp. 133-139; al respecto, Latacz hace un comentario en las pp. 139-149). En el griego homérico desapareció el fonema /w/ al principio de palabra. Ya en 1924, Kretschmer había igualado Alaksandus con Aléxandros / Paris, y Wilusa (escritura antigua usual: Vilusa) con Ilión. En los tiempos de este contrato, Wilusa parecía ser un estado vasallo (?) que tenía más de 300 años de alianza con los hititas en Anatolia noroccidental. Es posible que la lengua de los habitantes fuera (predominantemente) el lúvico. El hitita era una lengua al menos conocida —¿extranjera?— (para detalles, cfr. pp. 98-119, y el mapa a color al comienzo del libro). El nombre “Wilus(s)a” parece ser una aproximación de etimología popular al hitita *wellu-* (“pradera”, “pastizal”), de una palabra prelúvica de lengua desconocida (p. 112). Los hititas, al contrario de los griegos, generalmente nombraron las tierras con el nombre de su capital. A menudo se trataba de ciudades-estado, y no más. En el transcurso de los últimos años se han acumulado muchos más

topónimos y patronímicos de la costa oeste de Asia Menor y, por ello, ha sido posible determinar con mayor exactitud la extensión del país de Wilusa. Así, por ejemplo, se encuentra el nombre lúvico *Priiamuua*, “tener suprema valentía” (p. 145), que equivale a Príamo, de Homero. Con estas reflexiones puede considerarse demostrado que la épica de Homero se funda sobre bases históricas (p. 116). Es más difícil el caso de la identificación de Troya con el “país” hitita *Taruwisa / Truwisa / Truisa*. Según los nombres hititas que han llegado a conocerse, debe tratarse de una región, o bien, de un sitio cercano a Wilusa, o a sus alrededores. El hecho de que Homero use ambos nombres para designar la ciudad, se podría explicar tanto por la susodicha costumbre hitita de nombrar países y ciudades, como por razones de métrica en la *Ilíada* (pp. 127 s.). “Alaksandu”, llegado al poder por vías poco regulares, podría ser hijo de una concubina griega de un rey de Troya (p. 147). En la *Ilíada*, *Aléxandros* es otro nombre de Paris, que probablemente es la forma abreviada de un nombre lúvico (piénsese en Isabel, de Elizabeth). La duplicidad de topónimos y patronímicos facilitaba métricamente el trabajo poético (p. 353, n. 167).

¿Qué hay en cuanto a los nombres con que Homero se refiere a los griegos? Como se sabe, se llaman alternativamente *Achaiói*, *Danaói* y *Argéioi*. De nuevo, pues, no se trata de *un solo* nombre, sino incluso de tres, y sin diferencia aparente. En documentos hititas se halla el nombre del país “Ahhiyawa” (o *Achiyawa*), que tendría “Achai(w)ói” como étnico (pp. 151-160). Otros documentos permiten comprobar con gran certeza que, con el nombre de “aqueos”, se hace referencia a los griegos micénicos. A finales del siglo XIII a. C., éstos llegaron a ser una gran potencia de comercio marítimo, que ejercía su influencia hasta la costa de Asia Menor (Mileto, la Millawanda hitita) y entraba cada vez más en conflicto con los hititas. Fuentes egipcias permiten identificar a los dánaos (*Danaói*, cfr. pp. 160-165) como gente de Micenas, por lo menos desde 1500 a. C. Lo mismo vale para los argivos. Nuevamente, los tres nombres parecen referirse a un pueblo y a un país, a Micenas. Por su parte, la variada estructura silábica de los nombres, y el inicio vocálico de dos de ellos, eran cómodos para el cantante (pp. 166-168): los usaba según las necesidades métricas; de esta manera, se pudo desarrollar una transmisión histórica que, para

felicidad de los científicos contemporáneos, se ha conservado hasta hoy.

Según Latacz, este bosquejo conduce al resultado siguiente: “¡el escenario de la trama de Homero es histórico!” (p. 169).

Ahora, en este juego de detectives, lo fascinante es la búsqueda de algo que explique cómo, en la transmisión, se salvaron unos 450 años de un tiempo griego casi analfabeto —entre la destrucción de Troya, hacia el 1200 a. C., y la aparición de un hombre que llamamos Homero, hacia el 750 a. C.—. ¿Realmente se trata de la transmisión poética de la caída de Troya? La pregunta acerca del valor “histórico” de la *Ilíada* ocupa la segunda parte del libro de Latacz (para un bosquejo de la transmisión de la *Ilíada*, véase la nota 27 que está en la página 358).

En el Peloponeso, en la segunda mitad del segundo milenio a. C., Micenas era el centro del poder griego de aquel tiempo, un poder que, según se ve, pese a todas sus riquezas, era realmente bárbaro (para lo siguiente, cfr. pp. 176-186). Al mismo tiempo florecía la cultura minoica en Creta, que no era griega. La capital *Knossós* era, en el sentido pleno de la palabra, la cabeza de la gran fuerza minoica marítima. Pero, en todas partes, el poder exige una expansión constante. En todos los tiempos, la riqueza se ha adquirido mediante el comercio y mediante la guerra. Alrededor del 1500 a. C., Creta fue conquistada por las fuerzas micénicas, y la cultura minoica, destruida. Tanto los hititas como los asirios aceptaron al rey micénico como uno de los suyos.

Un breve paréntesis: durante el tercer milenio y parte del segundo, tribus o partes de ellas —en algunos casos quizá sólo un pequeño grupo de estrato aristócrata—, que en su mayoría parecen pertenecer al grupo lingüístico indoeuropeo, vagaban por Eurasia en varias oleadas y por razones desconocidas. Su “país de origen” es discutible: ¿Europa central, Europa sudoriental, la estepa de Asia (occidental)? Los llamados “pueblos marítimos” de la región del Mediterráneo oriental quizá eran parte de estas migraciones, quizá ya eran pregriegos; de ellos, una parte “se transformó” en pueblo micénico. Hacia el 1200 a. C., el gran reino hitita se derrumbó; no podía seguir protegiendo a sus vasallos. Para Micenas, ello fue otro motivo para seguir tramando sus planes de convertirse en una gran potencia: era preciso apoderarse de Troya, la próspera ciudad co-

mercantil situada en la entrada a los Dardanelos y a su “zona interior”, junto al Mar Negro. Para nosotros, el motivo de la guerra es poesía: la venganza por el quebrantamiento de la hospitalidad, pues Paris había raptado a Helena. Latacz pinta con emoción la situación de los troyanos, una situación que oscilaba entre la lealtad a su casa real y el coraje por su crimen (pp. 210-214). El núcleo es histórico; el detalle, épico (pp. 214-219). Al final, el mismo destino alcanzó a Troya... y más tarde, a Micenas, igual que a otros reinos. Un consuelo y una advertencia para nuestros tiempos, pero, en primera instancia, una historia entretenida para el auditorio de Homero en el siglo VIII a. C. (pp. 220-225).

Una breve retrospectiva: Micenas aprendió a escribir o, hablando más exactamente, la administración adoptó un arte de escribir. Aparentemente no se registraron las obras literarias. Latacz sospecha que una de las causas fue que la escritura, con cerca de 90 signos relativamente complicados, “sin duda dificultó la transcripción veloz de textos lingüísticamente difíciles” (p. 179). Esto no resulta muy convincente, teniendo en cuenta el comportamiento de otros pueblos con escritura. Ciertamente había literatura en Micenas, literatura oral. Es posible que la conquista y la destrucción de la cultura minoica no hayan dado tiempo a que sus escribas en Micenas pasaran de elaboradores de listas administrativas a maestros de cultura. También es posible que, en lo tocante a la literatura, también la cultura minoica haya apreciado poco, o nada, el valor de la escritura. Hay muchos casos análogos. Y el tiempo se vino encima. Cerca de 300 años después de la conquista de Creta, incluso la potencia micénica fue destruida por intrusos provenientes del norte (de donde los griegos también habían llegado). Y también el gran reino hitita, en Asia Menor, ya se había desintegrado. Al final, sólo Egipto pudo resistir a duras penas el ataque de los “pueblos marítimos”. El arte de la escritura desapareció de Grecia. Más o menos entre 1100 y 950 a. C., en las llamadas oleadas migratorias eólicas y jónicas, una parte sobreviviente de la alta sociedad escapó hacia las islas del este del Mediterráneo y hacia la costa occidental de Anatolia. Allí ya se encontró con una alta cultura (y con un puesto avanzado de griegos).

La tesis de Latacz, bien fundamentada, es la siguiente: la poesía micénica emigró junto con la alta sociedad, y se transmitió cuida-

dosamente de generación en generación en las nuevas zonas colonizadas. “Homero” es el punto final (el único para nosotros) y culminante de esta ininterrumpida transmisión oral, y el punto de partida de la transmisión literaria escrita de la cultura griega (jónica) en la costa de Asia Menor. Hacia el 800 a. C., es decir, en la época que se fija para Homero, supuestamente en Esmirna / *Izmir*, o cerca de ella (pp. 183 s.), se adoptó el alfabeto semítico-fenicio, y se adaptó al griego con sólo 29 signos: consonantes y vocales (desde el punto de vista lingüístico actual y en comparación con los alfabetos indios, de los cuales también se supone un origen semítico, este alfabeto, así como la forma que pasó al latín, es muy “impreciso”, es decir, insuficiente. En principio, los alfabetos indios siguieron siendo consonánticos; sin embargo, las vocales largas y breves se indican cuidadosamente mediante signos diacríticos junto a la consonante precedente; para las vocales iniciales hay signos propios. Uno quisiera saber más acerca de las escrituras indostánicas de Mohenjo-Daro y de Harappa, que hasta la fecha no han sido descifradas).

Latacz cree que puede datar bien el momento en que la *Iliada* se puso por escrito. La prueba por indicios se da en las 155 páginas restantes de su libro. En primer lugar cito el inicio (p. 184):

La poesía homérica [...], en su temática básica, y también en su técnica poética, es el producto de un tiempo de cambios radicales. Los problemas y conflictos sociales que refleja son los del renacimiento del siglo VIII a. C. Su técnica poética hace alusión a ese mismo tiempo. Tiene una peculiaridad que es única en la literatura griega: por un lado, aún se encuentra totalmente en la tradición de la oralidad que se fijó para la forma poética de la época micénica, a saber, aún es viva poesía de los aedas; por el otro, ya presenta los rasgos de una composición idiomática, intelectual y estructural que sólo puede realizarse mediante el uso de la escritura. También esto indica un tiempo de cambios radicales. El autor de esta poesía debió de haber vivido en la encrucijada decisiva del desarrollo literario europeo: creció con la antigua técnica poética de la oralidad y se familiarizó con la nueva técnica de la escritura; intentó unir ambas técnicas en su obra. Tal situación sólo pudo haberse dado en un lapso relativamente corto, en un tiempo que coincidió con el período creativo de un artista único, excepcionalmente dotado —redondeando, unos cincuenta años—. Puesto que, hacia el 800 a. C., la escritura comenzaba a expandirse por Grecia [...], el

incidente de este cambio rotundo en toda la literatura europea, un cambio categorial de los medios, debió de haber ocurrido en el transcurso del siglo VIII, y no antes ni después. [...] Así, tal como lo creyeron los mismos griegos durante toda su historia, y exceptuando posibles intentos previos de menor alcance, el autor de la *Ilíada* —y probablemente también de la *Odisea*— fue el *primer* poeta de Grecia que trabajó por escrito.

Havelock quiso fijar el comienzo de la escritura (o publicación) de obras, más o menos en los tiempos de Platón.¹ En sus obras, él reconocía que la dialogicidad aún representaba una oralidad básica.² Sea lo que sea, sorprende que antes (haciendo algunas excepciones), la literatura poética, especialmente en su gran forma de épica, haya sido escrita en prosa (de extensión similar, por ejemplo a la de un libro) —y esto, en la forma tan perfecta que ostentan los poemas de Homero—. A partir de otras culturas, por ejemplo en la India actual, se sabe que un cantante se auxilia con algunos “recordatorios”. Este problema se tendrá que investigar más detenidamente. En todo caso, la extensión de los poemas de Homero, unos 28 000 versos, presupone una buena práctica en la nueva escritura, y unas buenas herramientas para el caso, y ello, al escribir o al dictar: según la leyenda, Homero era invidente —en parte, la historiografía india tiene que trabajar con datos poco fiables; es posible que los dos grandes poemas, el *Mahabharata* y el *Ramayana*, se hayan creado en tiempos de Homero (!)—. El material provendría de tiempos más antiguos. Se ignora cuándo fueron escritas por primera vez. La *Ilíada*, o la poesía que subyace a ella, hoy debe ubicarse cerca de medio milenio antes de lo que se ha supuesto.

Los poemas de Homero son poesía perfecta, así nos lo enseñaron y así nos lo hicieron creer. Actualmente, cualquier helenista sabe que estos poemas tienen una mácula: con frecuencia, tal como los conocemos, la medida del verso no es exacta. Los helenistas,

¹ Cfr. Havelock, Eric, A., *The literate revolution in Greece and its cultural consequences*, Nueva York, Princeton, 1982.

² Cfr. Krummen, Eveline, “Wissen und Gedächtnis. Entstehung und Folgen der Schriftkultur im antiken Griechenland”, en Elisabeth List y Erwin Fiala (eds.), *Grundlagen der Kulturwissenschaften. Interdisziplinäre Kulturstudien*, Tübinga-Basel, Francke, 2004, pp. 141-160.

por lo menos en tiempos de mis estudios, no querían creer en la más sencilla de las soluciones posibles: los poemas épicos no son para leerse, se recitan. De esta manera, las irregularidades se pueden compensar en la presentación oral mediante recortes y alargamientos, haciendo de una sílaba dos, o viceversa, donde es necesario. Latacz encuentra otra razón: en principio, la épica de Homero conservó formas lingüísticas micénicas. Por ejemplo, en el griego jónico, como ya mencionamos, la /w/ desapareció al principio de palabra, pero esto no sucedió en el griego micénico. Un *protos ide(n ophthalmoisi)* no cabe en ningún hexámetro; por el contrario, un **protos wide (...)*, sí (p. 196).

Un cantor griego del siglo VIII a. C., como Homero, no pronunciaba el sonido “w” y, consecuentemente, tampoco lo escribía; sin embargo, construía sus versos *como si* lo pronunciara o lo escribiera (p. 196).

No me gusta la formulación “como si”. En la recitación se tenía que contar con una sílaba larga, es decir, con una “w”, o una “dilatación”, como se decía antes, a saber, con el alargamiento de una vocal (cfr. supra). Hoy, nosotros hacemos lo mismo al cantar y, a diferencia de Homero, a veces hasta el exceso, sobre todo en el canto artístico.

Otras “irregularidades” se explican de manera semejante a la de la pérdida de la “w”. Al respecto, Latacz tiene razón cuando concluye: ¡La épica de Homero proviene de tiempos micénicos! Esta épica, pese a todos los cambios fonéticos del griego, se conservó fielmente oral, como “lengua mixta, condicionada por la tradición” (p. 357, n. 14), durante 400 años —en todo caso, es de mucho antes del tiempo en que ocurrieron las transformaciones decisivas de la lengua—. Esto es sensacional y, no obstante, quizá no sea nada extraordinario: en poesía, las formas antiguas son particularmente tenaces y duraderas. Mi familia “india” tenía un bardo familiar que recitaba 300 años de historia de la familia (diez generaciones; se comprende que, en parte, estas historias eran legendarias), y lo hacía con un papelito en la mano, en el cual, mediante signos ilegibles para otros, la mnemónica ayudaba a la memoria. La lengua era arcaica y la generación del siglo XX no la comprendía. Después de cada interrupción, el bardo explicaba en la lengua mo-

derna la parte que había recitado. Cuando murió, hace cuarenta años (antes de que yo pudiera realizar audio-grabaciones), murió junto con él la tradición de los bardos. Su hijo había aprendido una profesión más lucrativa.

Latacz supone que la forma de la poesía homérica pudo haber sido “incluso anterior [...] al siglo xv a. C.” (p. 200). Aquí, quizá cabría hacer una comparación con la antigua épica india y la manera de su transmisión.³ La *Ilíada* se ubica en un gran marco de acontecimientos histórico-poéticos (cfr. el cuadro sinóptico, en pp. 240 s.); sólo representa un “fragmento” de un todo que con seguridad se había presentado en repetidas ocasiones en otros cantos, en otros poemas épicos: el preludio “en el cielo” (¡la justificación de la guerra!); la culminación, en el Mediterráneo oriental; el sitio de Troya; la disputa de los príncipes, que en la *Ilíada* es la clave para poder tratar problemas actuales en los tiempos de Homero (pp. 223 s.), y luego, la extensión: la vuelta de Odiseo, la *Odisea*; pero ésa es otra historia. La *Ilíada* presupone que ya se conoce el conjunto total. No me parece apropiada la expresión “literatura parasitaria” (p. 242) para referirse a la estructura básica, a la inmutabilidad de los eventos y a la posibilidad de incluir y añadir nuevos episodios. Por supuesto, la literatura oral varía en cada presentación, y ninguna de éstas es una reproducción exacta de la anterior. Así narran todavía hoy, en otros países, los narradores; así recitan los poetas (incluso compitiendo entre sí). Según la “empatía” del público, se conmueve también el cantante, o el actor: se trata de poesía viva.

Debieron de haber existido otros poemas que aclararan el marco referencial. Se perdieron, no tuvieron la suerte de ser puestos por escrito. Y, no obstante, parece como si la tradición se hubiera roto con el (¿primer y único?) registro gráfico —Wimmel opinaba que la literatura debía perderse, a fin de que se abriera espacio a nuevas obras—.⁴ No obstante, el afán de innovaciones no es razón suficiente para la destrucción, si es que existen bibliotecas.

³ Cfr. Wüst, Walter, *Von indogermanischer Dichtersprache. Probleme-Theorien-Pragmatisches*, Munich, 1969 (PHMA, 12, 1967s).

⁴ Cfr. Wimmel, Walter, *Die Kultur holt uns ein. Die Bedeutung der Textualität für das geschichtliche Werden*, Würzburg, Königshausen & Neumann, 1981.

Minuciosamente, Latacz busca conjuntar la historia previa a la *Ilíada* con la historia de Troya. El poema contiene trozos históricos de tiempo micénico (pp. 258 ss.). Un documento de suma importancia para esta tarea es el “catálogo de las naves” de la *Ilíada* (cfr. *Il.*, 2.494-759; pp. 262-294). Latacz demuestra que los nombres de los topónimos que allí aparecen, en parte ya eran desconocidos e ilocalizables en tiempos de Homero. Deben provenir de tiempos micénicos, como lo confirman las tablillas de *lineal B* (p. 293). Latacz concluye: “La historia de Troya fue concebida en tiempos micénicos” (p. 294). La argumentación convence.

Si pues, en su contenido esencial, la *Ilíada* es micénica, incluso hasta en los detalles, entonces surge la última pregunta: “¿cómo llegó a Homero la historia de Troya?” (p. 297; pp. 297-331). Tuvo que transmitirse a través de unos 400 años de los “siglos oscuros” (p. 297). Parece que en Chipre hubo registros por escrito durante todo este tiempo, en el llamado “Silabario chipriota”, o *lineal C* (p. 364, n. 131). Por otras culturas, por ejemplo, la romana, sabemos que, en las culturas orales, la fidelidad de los hechos no es el punto fuerte. Latacz intenta ver una explicación en el hecho de que los griegos eran un pueblo especial (pp. 298 s.). Es una suposición atrevida. Ya antes de los tiempos micénicos, los griegos habían entrado en contacto con pueblos que tenían escritura y, por lo menos durante 300 años, habían aprendido lo que significaban “fidelidad de los hechos, descripción precisa y corrección equilibrada”. Se dice que, hacia el 800, “después de la segunda adopción de la escritura”, inmediatamente se despertó “la misma conciencia” (p. 299). Esto suena aventurado. Aquí surge la idea de un círculo vicioso: la realidad se manifiesta en las historias que se transmiten, y las historias muestran la misma realidad.

Por otro lado, Latacz tiene una justificación mejor: remite al “compromiso” métrico, en el verdadero sentido del término, mediante el hexámetro (p. 300), y a la recitación cantada, con acompañamiento musical (p. 301). Todos los 15 693 versos de la *Ilíada* son hexámetros completos, rigurosamente íntegros; *esto*, según Latacz, se manifiesta justamente en las expresiones “ilógicas”, en los llamados *adynata*. Por ejemplo, del río Escamandro se dice: “pues están llenas de cadáveres sus amables corrientes” (21.218, p. 302): según la lógica, “amables” y “llenas de cadáveres” no

concuerdan. Se trata de “fórmulas” fijas que, por la necesidad métrica, llegaron a carecer de sentido (pp. 303 s.). Un poeta las usa para no trabarse en su relato, puesto que no podía detenerse a pensar en cómo finalizar el verso; por ello, intentaría colocar lo más importante al principio del verso, o en el centro, para luego terminar con una fórmula. Latacz pone ejemplos de otras culturas. Por lo demás, de acuerdo con su naturaleza, las fórmulas no se inventaban de nuevo y *ad hoc* por cada uno de los narradores, sino que se trata de fórmulas transmitidas (p. 306).

Me permito dos observaciones: (1) Los poemas o los cantos orales de diversas culturas proceden de la misma manera (cfr. los ejemplos de Bowra,⁵ en Latacz, p. 301). ¿Esos poemas, como las mencionadas épicas indias, conservan hechos prehistóricos? ¿Hay en la épica de Gilgamesh un diluvio histórico durante un Gilgamesh histórico?⁶ Aquí, (¿aún?) no se puede presentar ningún respaldo semejante, con apoyo en documentos de tipo literario y arqueológico. La poesía homérica es un caso particularmente afortunado. (2) ¿Cómo proceden los cantantes orales? ¿Existe una técnica supracultural y (más o menos) homogénea? Si éste fuera el caso, el punto (1) tendría un apoyo adicional. Conozco la técnica que los cantantes vascos usan en sus competencias: sus estrofas, de cuatro o siete versos, tienen rima; para cada canción (no para cada estrofa), el cantante puede determinar la medida del verso, dentro de unos límites muy estrechos; comienza a combinar “mentalmente”, en sentido inverso: el *final* es lo determinante; una vez que lo ha establecido, establece las rimas “hacia atrás”, como rayo (para esto, a menudo utiliza fórmulas), y luego canta las estrofas “hacia adelante”. El cantante tiene la estructura frente a los ojos, por así decirlo. Hay expertos entre el auditorio, que conocen la técnica y esperan el resultado ansiosamente (no tanto el contenido de una estrofa; aquí, el que la *story* “tenga éxito” depende del canto antifonal). Es evidente que no se puede montar una épica de varios miles de hexámetros de atrás hacia adelante, y tampoco es necesario, pues no se trata de descubrir rimas.

⁵ Cfr. Bowra, C., *Heldendichtung*, München, 1964 (Original: *Heroic Poetry*, London, 1952).

⁶ Cfr. Schrott, Raoul, *Gilgamesch. Epos*, Munich-Viena, Hanser, 2001.

Valga otro ejemplo de la conservación de tradiciones. Altheim⁷ informa acerca de una leyenda de Asia Central, que trata de la lucha entre dos tribus: el tótem de una tribu era el alce, y el de la otra, un tipo de zorro. Un cuadro muy difundido muestra cómo el zorro le destroza la nuca al alce con los dientes. Por jugueteo, o debido a una adaptación, este motivo se transforma. En el camino hacia oriente, el alce se convirtió en oso; en el camino hacia occidente, en dragón, y la cornamenta se mutó en alas (aún hay una representación de la alta edad media, en la que las alas le crecen en la cabeza). Sin que sea comprendido, el motivo pervive entre los anudadores de tapetes y los fabricantes industriales de alfombras, en Asia del Sur. En lugar del alce aparece, por ejemplo, un pájaro, pero también éste sigue teniendo una marca en sus espaldas, una marca que ya no es reconocible; quizá ya se trata sólo de un cuadrilátero.

Mis atrevidas observaciones tienen el objetivo de sustentar el resultado de Latacz. Todos sus argumentos señalan hacia su conclusión: la épica heroica de Homero fue de origen micénico; a saber, era “la manera usual de la narrativa poética cerca de 800 años antes de Homero” (p. 310). La prueba principal es que la poesía homérica sólo es métricamente “correcta” en el griego micénico (pp. 310-314). La escritura silábica micénica no parece haber hecho daño al hexámetro; éste es más antiguo y convivía al lado de aquélla. Entonces, pues, la escritura no tiene nada que ver con la escrituralidad de la literatura poética. Y, sin embargo, esta literatura pereció junto con su registro; después de Homero, prácticamente ya no existe ninguna tradición “antigua”, sino sólo una poesía “nueva”. Esto precisamente constituye la singularidad de Homero. ¿Por qué este *fármakon*⁸ (cfr. Derrida, 1997) tuvo un efecto tan veloz y radical, a través de él? ¿Acaso porque él puso por escrito la poesía?

Otras investigaciones acerca de las formas antiguas llevan a Latacz a concluir que la forma arcaica de la *Ilíada* se debió de haber originado entre 1450 y 1050 a. C. (pp. 319-327). Durante los “tiem-

⁷ Cfr. Altheim, Franz, *Alexander und Asien. Geschichte eines geistigen Erbes*, Tübinga, 1953.

⁸ Cfr. Derrida, Jacques, *De la grammatologie*, Paris, Minuit, 1967.

pos oscuros”, no existían principados que fomentaran la cultura de los cantantes (pp. 327-331).

Queda una última pregunta: ¿contiene la *Ilíada* elementos históricos? (pp. 332-337) Latacz responde: “La conclusión: una guerra contra Troya es probable” (pp. 338-342). Esto es un resultado (provisional) importante para las investigaciones históricas y literarias.⁹ Estambul, junio de 2005.

Hans J. VERMEER

⁹ Forma parte de la “esencia” de la ciencia apuntar dudas sobre la obra del otro; en cuanto a Latacz, cfr., por ejemplo, Kullmann, Wolfgang, in *Gnomon* 73, 2001, pp. 657-663.